

MANUEL MIRA

EL SECRETO DE ORCELIS

Premio Azorín
de la Diputación Provincial de Alicante
2004

 Planeta

NOTA DEL AUTOR

Nada puede descartarse —la casuística y la fatalidad reinan en el universo infinito— sobre las similitudes de personas, caracteres, lugares y acontecimientos que aparecen en la narración, con otros que ya pertenecen a la historia o se recrean en la realidad de nuestros días. Sin embargo, y en contra de lo que, a veces, pudiera parecer o intuirse, en *El secreto de Orcelis*, todo es ficción, y los parecidos con personas, vivas o muertas, o hechos reales, del presente o del pasado, son meras coincidencias, aunque la Historia —siempre consentida y generosa aliada de lo inventado— preste su marco al paisaje del relato. Sólo los lienzos del artista holandés Mathias Stommer son el único referente real con peso específico que he deseado mantener como protagonistas, en homenaje al tiempo irrecuperable y a la belleza imposible de inventar.

UNO

ATERRIJAJE FORZOSO

No oigo mis pasos y, sin embargo, se abre ante mí un camino en otra selva distinta. Con alguna dificultad empiezo a precisar lentamente dos ambigüedades: un nombre de hembra y un dígito que se repite. Muerte súbita. Ochenta y ocho. Más allá de la bruma que se deshace poco a poco, el escenario parece —por el color hueso del suelo y el pequeño promontorio, en el centro— un esternón. Ensangrentado. Eso es. Un esternón demolido por una trituradora. Quizá tenga que ver con la aparición de la muerte súbita. ¿Y el fantasmal número que se reproduce en una especie de ganzúa con dos cabezas? Ochenta y ocho años después de que cambió el destino de Bartolomé Arango Moya. O tal vez fuese una horqueta en miniatura de las que él modelaba con sus manos para ensartar flores de jazmines.

A pesar de que mis ojos siguen cerrados —es cierto, me cuesta abrirlos—, entiendo que todo se acomoda, lentamente, a lo que sé, a lo que existe. Por ejemplo —experimento un cierto placer cuando me atrevo a descifrar el enigma—: ochenta y ocho años es el tiempo transcurrido desde el 22 de diciembre de 1915, cuando mi abuelo se hizo millonario.

En aquel remoto día —mantengo los ojos cerrados, aunque me abro paso en la espesura del piélago, cada vez con más soltura—, la rugiente locomotora del *Murciano*,

impulsada por una caterva de famélicos demonios, se estacionaba en el andén de la estación de Orcelis con hora y tres cuartos de retraso. No se trata de convenir que a veces suceden prodigios sobrenaturales que justifican lo inexplicable, pero tal vez la misma fuerza de la fatalidad que alteró entonces la vida de mis antepasados —y determinó la orientación de la mía— dispuso también todos los obstáculos imaginables para que el avión que ahora me conduce a España despegase desde Londres con idéntico desfase de puntualidad. La demora de mi vuelo a punto estuvo de precipitarme sobre la cucaña enjabonada hincada en el vértice del escenario —presiento que fue imaginario, me atrevo a asegurarlo, ya sin duda— que hace sólo un instante aparecía envuelto en sangre y que ahora se llena de pequeñas nubes azules saltando como delfines sobre un fondo rasgado que se mueve en horizontal de manera vertiginosa.

Al despertar, el primer contacto con esa luz me revela la confusa emoción de haber frenado la caída en el momento en que mi cuerpo se debatía, desesperado y exangüe, al límite de sus fuerzas. Me deslizaba desde lo más alto del palo sin que mis manos, ni mis uñas, consiguieran engancharse a la escurridiza superficie del madero, hincado en el hueso.

Fue entonces cuando abrí los ojos y volví a sentir la caricia del sol que entraba por la ventanilla del avión: daba tumbos en el espacio. Yo también. Y me agrada. Hace sólo unos segundos que sobrevino la alucinación, quizá unas décimas de segundo.

Creo divisar el campanario de La Negromota en un instante en que el avión se desnivela hacia adelante, descendiendo del sol y cruza la cortina de fuego de la tierra. ¡Me estaba quemando justo cuando me aposentaba en la gloria! ¿O era más bien el infierno? Sin moverme, nadaba en el cuenco de una placenta roja. ¿He salido de la eternidad o me dispongo a entrar en ella?

Todo ha sido un espejismo provocado por el barbitúrico que me ofreció la azafata de vuelo. La recuerdo, asintiendo al capitán, que perdía su mirada en el pasillo, buscándome con afán de explorador. No me encontró porque yo no le hice señal alguna desde mi asiento.

Aunque se haya evaporado la pesadilla, juraría haber visto las agujas del reloj de pared en la estación de ferrocarril cuando rechinaron las ruedas de la locomotora del tren procedente de Murcia, aquel remoto 22 de diciembre de 1915, y los chiquillos que aguardaban en el andén aproximaban las manos para apresar en pleno vuelo las chispas que soltaban los rieles.

Recupero el rostro de Ezequiel Moreno Arribas, administrador del despacho de loterías de Orcelis, cuando se echaba mano al cordón plateado de su reloj de bolsillo y lo exhibía ante sus ojos. Increíble: era el mensaje de protesta en su mirada. Una hora y tres cuartos de retraso, calculaba mentalmente. Estaba realmente indignado. ¿Llegaré a tiempo?, se preguntaba. Después, hizo cola para subir al vagón.

No, fui yo quien subió, pero al avión. Bueno, entre vagón y avión sólo existe la sutil diferencia de una disonancia acústica. Era yo, lo sé.

En Londres. Aeropuerto de Heathrow. Un 25 de abril de 2003. Hora: una hora y tres cuartos de retraso sobre la establecida en el pasaje. Era yo, entrando por el dedo que da por el culo, de costado, a los aviones, el *finger*, era yo, también corriendo, enajenado por la insufrible espera.

Pero él, don Ezequiel, era el último de la cola. Por delante vociferaban dos mujeres porteadoras de jaulas de madera en cuyo interior cacareaban sin cesar ocho, quizá hasta diez, gallinas; fumaba con elegante parsimonia un joven trajeado —también don Ezequiel lucía un traje gris de cheviot—, con gorra de cuadros; y, a pocos metros, el jefe de estación, con el testigo rojo en la mano, accionaba las cejas

como un payaso en plena actuación y urgía a la gente a subir, deprisa, ¡por el amor divino!, al convoy mientras increpaba de reojo al maquinista, embetunado hasta las cejas, al que también se lo llevaban los demonios.

La sigo viendo, sacudiendo la cabeza. No es el suyo un movimiento compulsivo, pero no puedo evitar verla desde mi horror de hace poco más de un par de horas. De vez en cuando me da la espalda, con el móvil pegado a la oreja, pero se revuelve en seguida para recuperar mi perspectiva en el túnel del avión. Sus ojos sin pestañear, como pizarras dispuestas a memorizar por todos los siglos las consignas verbales, los trazos de la tiza, que alguien cursaba, esgrimía —al parecer, con cierta vehemencia, habida cuenta de la enfermiza atención de la joven uniformada—, a cientos de kilómetros de distancia.

En efecto, eran cientos de kilómetros, miles, los que separaban al médico de la hermosa y asustada azafata.

Más adelante supe que el médico hablaba desde una clínica de Manhattan. ¡Dios! ¿Cómo es posible que mi vida, en pleno acecho de la muerte súbita —ahora logro explicarme por qué se precisaban, en los últimos segundos del sueño y con tanta claridad, los ambiguos perfiles de una hembra, la condición femenina de la sombra—, dependiera de la opinión de un matasanos desconocido colgado al teléfono, con el Atlántico de por medio? Un caso más de globalización (entonces era imposible hacer esta reflexión). El seguro médico de la compañía aérea europea en la que viajo tiene su sede central en la avenida Madison de la Gran Manzana neoyorquina. Ella le decía que sí a todo, mientras el capitán, a su lado, agudizaba el instinto de búsqueda a ambos lados del pasillo. ¿Cómo podía encontrarme si no me conocía?

Puede que hubiera visto mi fotografía, pienso ahora, en alguna cubierta de mis libros, o en un mural de pie de los que

se exhiben en Foyles o en la sección de librería de Harrods, pero no recuerdo haberle dedicado la última de mis novelas, *El cementerio de chicharras*. Cacerías de una pandilla de criaturas vírgenes, esto es, de niños inocentes presuntamente crueles: despojábamos de su piel a los insectos, les arrancábamos las alas; con una jeringuilla les inyectábamos alcohol en su cabeza coriácea. Para anestésarlos. No sufrían. *Requiescat in pace*. A mí me correspondía el rezo del responso.

Colocábamos a los insectos sobre unas andas hechas con palillos de los que se usan para ensartar aceitunas rellenas, los empujábamos lentamente con el pulgar, a golpecitos de paso procesional, por una senda trazada en el camino al cementerio, y los enterrábamos luego, y rezábamos—los ojos cerrados, la manos entrecruzadas sobre el pecho— por los desventurados seres que serían inmediatamente sepultados en sus nichos de tierra amasada por el efecto de nuestros orines al mezclarse con el polvo del erial, bajo el algarrobo plantado a la puerta de la ermita de La Negromota, con las cruces clavadas en la testuz de las tumbas. Ése era, en síntesis, el hilo conductor de la gran ceremonia universal que se celebraba en la última de mis novelas editadas: la inocencia de los seres vivos inseminados por la crueldad del mundo. Así lo expliqué en su día a los periodistas, sin darles más pistas, y repito la misma cantinela en las entrevistas que concedo.

Hemos dejado de ser inocentes. Hemos consumado la crueldad en nuestros corazones, y ésa es la más terrible de las tragedias, reflexiono con los ojos escudriñando el túnel de luz que, desde la ventanilla del avión, me comunica con la tierra bajo mis pies. Por cierto, la base argumental de aquel cementerio de chicharras está inspirada en la realidad. Yo era el ejecutor de aquellas penas de muerte.

Fue durante una de esas ceremonias litúrgicas cuando mis dioses personales me tendieron una emboscada entre